JUANITO.

Usted nocesita....

DAMIÁN.

¡Yo no! ¡Ellos! ¡Ellos! Pueden ustedes llegar á tiempo todavía. Andrea es valiente. No la separarán de su padre si no la hacen pedazos. Pero ¿todavía están ustedes aquí?

DON LORENZO.

Mire usted, Damián, lo mejor será que nos quitemos de usted.

DAMIÁN.

Dejándose caer del banco al suelo y poniéndose de rodillas.

¿No he dicho ya que de mí no? ¡Por caridad! ¡Por las entrañas de María! ¡Por la sangre del Redentor! Salvelos usted, don Lorenzo. ¡Mírome usted á sus pies! ¡Se lo ruego llorando!

DON LORENZO.

Turbado.

Nosotros iremos ya á salir cuando usted....

EL CONDE.

Sí, señor; pensábamos haber ido allí....

JUANITO.

¿Qué más quería usted que hiciésemos?

DAMIÁN.

¡Intentan robar una hija á su padre! ¿No lo ha oído usted? ¡Y usted es padre! ¡Usted tiene una hija!

DON LORENZO.

¡Seguirá usted que su herida se haga incurable!

DAMIÁN.

Hablando en el mismo hombres como aquellos y como ustedes, ¿qué mejor cosa le puede á uno suceder que morirse?

EL CONDE.

¡Yo soy un padre de familia!

JUANITO.

¡Yo soy un hijo de familia!

DON LORENZO.

¡Yo soy un hombre de bien, y dos hombres de bien!.....

EL CONDE.

¡Los hombres de bien no debemos cometer imprudencias!

JUANITO.

¡Los hombres de bien no debemos hacer locuras!

DON LORENZO.

Pero ¡qué iniquidad la de esos impíos!

EL CONDE.

¡Si parece mentira que haya gente con tan mal corazón!

JUANITO.

¡Ya las pagarán todas juntas en la otra vida!

DON LORENZO.

¡Caiga la maldición de Dios!

Damián entra por la verja del foro andando trabajosamente, aunque de prisa, con el brazo izquierdo sin movimiento y caído á lo largo.

ESCENA VIII.

DICHOS y DAMIÁN.

DAMIÁN.

No caiga sobre usted....

DON LORENZO.

Viendo hacia él.

¡Damián!

ADELAIDA.

Levantándose de pronto.

¡Damián!

DAMIÁN.

Dando señales de no poderse tener en pie.

No caiga sobre usted si vuela á defender la vida de un padre y la honra de una doncella. ¡Oh!

DON LORENZO.

¡Sangre!

Sosteniéndole.

EL CONDE Y JUANITO.

¡Sangre!

Acercándose á Damián. Don Lorenzo, el Conde y Juanito, vueltos de espalda á la casa, conducen á Damián al banco que hay á la derecha y le sientan en él.

ADELAIDA.

¡El cielo no me quiere ayudar! ¡Ayúdeme el infierno!

Desaparece de la ventana.

DON LORENZO.

¿Qué tiene usted?

EL CONDE.

Está usted herido?

DAMIÁN.

En un hombro..... No es nada. Ese ancianó....., esa niña....., esos inicuos.....

Adelaida sale de la casa, y sin ser vista, pasa corriendo por la verja del foro.

ESCENA IX.

DON LORENZO, EL CONDE, JUANITO, y DAMIÁN.

DON LORENZO.

Venga usted adentro.

EL CONDE.

Sí,

DON LORENZO.

¡Se están matando!

EL CONDE.

¡Sabe Dios si ya habrá muerto alguno!

JUANITO.

¡Vamos, yo no puedo ver estas cosas!

Hay movimiento.

ADELAIDA.

Las fuerzas se me acaban.

Dejándose caer en una silla y apoyando la cabeza en la mesa.

DON LORENZO.

¡Tiemblo por Damián! ¡Son dos contra él!

EL CONDE.

¡Y qué dos!

JUANITO.

¡Qué ataque! ¡Un ataco!

DON LORENZO.

¡Y al otro!

EL CONDE.

¡El otro! ¡Un bárbaro que ha matado á su madre y á su mujer!

JUANITO.

¿Y qué hablamos de hacer nosotros contra ese pardo fiera?

DON LORENZO.

¡Capaces serían de acabar también con nosotros!

EL CONDE.

¡Mis pobres hijos!

JUANITO.

¡Mi pobre mamá!

DON LORENZO.

¡Adelaida no tiene á nadie más que á mí en el mundo!